

## Reseñas

### *Reviews*

---

**Antonio Colinas**

Elena CROCE / María ZAMBRANO, *Hasta pronto, pues, y hasta siempre. Cartas, 1955-1990*, edición al cuidado de Elena Laurenzi. Traducción de Ester Quirós, Valencia, Pre-Textos, 2020.

---

#### **Un nuevo testimonio de y sobre la María Zambrano *interior***

A medida que pasa el tiempo han ido avanzando los estudios sobre la obra de María Zambrano y la edición o reedición de las obras de la autora, en especial con la progresiva publicación de sus *Obras completas* y también con algunas traducciones de las mismas. Italia es uno de los países que más atención ha prestado a Zambrano, seguramente por la honda relación que la pensadora tuvo con este país y en concreto por su estancia en la ciudad de Roma.

A esta relación con la ciudad y los amigos de entonces hace una muy directa referencia el libro que vamos a comentar, *Hasta pronto, pues, y hasta siempre. Cartas 1955-1990*, muy cuidada edición debida a Elena Laurenzi, estudiosa que no es la primera vez que ha dedicado su atención, con gran sensibilidad y rigor, a nuestra autora. Así, recordamos su edición italiana de esta misma obra *A presto, dunque, e a sempre. Lettere 1955-1999* (Milán, Archinto, 2015), pero también otras obras más teóricas, monográficas, como *Sotto il segno dell'aurora. Studi su María Zambrano e Friedrich Nietzsche* (Pisa, Edizioni ETS, 2012) o *Il paradosso della libertà. Una lettura politica de María Zambrano* (Milán, Mimesis Edizioni, 2018).

Por fortuna, ese mismo paso del tiempo ha ido reconfirmando que no existe una sola María Zambrano, sino varias, como la tercera — junto con las dos más señaladas: la filósofa y la política— a la que yo procuré aproximarme en mi libro *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos* (Madrid, Siruela, 2019), en el que deseé poner de relieve, más allá de nuestra amistad, esa Zambrano más íntima, más apegada a lo sagrado y a una espiritualidad heterodoxa que sobre todo descubrimos en sus escritos más poemáticos, en su riquísimo epistolario, en sus diálogos personales o en las escasas entrevistas publicadas que concedió en vida.

Sin duda, hay otras Marías Zambrano y de ello es una buena muestra esta edición de Laurenzi, que, de manera muy viva, nos pone de relieve la entrañable relación que hubo entre ella y su

hermana Araceli con Elena Croce, hija del filósofo Benedetto Croce. En este libro, vida y obra —más vida que obra— salen a la luz en unos años traspasados por la realidad más secreta, que son los que María pasó en la casa y en el bosque de La Pièce, en la cercanía del Jura francés. La soledad, la enfermedad, la escasez de medios, las angustias diarias se nos muestran más aparentes que ese otro tiempo de *contemplación* que también se dio en ese espacio natural y que tan evidente es en una obra escrita precisamente allí, como es *Claros del bosque*.

Estamos, pues, ante la viva crónica de unas cartas enviadas desde un lugar muy concreto, exclusivo casi, aunque al comienzo y al final del volumen nos encontremos con cartas escritas desde lugares más provisionales, más de paso, como Trélex-sur Nyon o Ferney-Voltaire.

Las angustias diarias de esos años de soledad en La Pièce se ven, sin embargo, superadas por temas concretos tratados en las cartas que poseen un protagonismo primordial; así, la sólida y fiel relación entre dos amigas concordes y de alto nivel intelectual; las minuciosas peripecias en torno a la casa de La Ginestra, en las laderas del Vesubio; y la cálida presencia de otras amistades muy cercanas a Zambrano y relacionadas con Roma, como Diego de Mesa, Enrique de Rivas o Ramón Gaya.

Las cartas de Zambrano son más desbordadas y se abren con generosidad a su sentir y a su pensar; las de Elena Croce parecen más sometidas a la urgencia de sus ocupaciones, entrevemos en ellas más la relación intelectual y el afán de ayudar a su amiga y a tantas otras personas en los medios oficiales italianos. Este epistolario —puntualmente anotado por Laurenzi— nos aclara también algunos puntos de la biografía de Zambrano, bien generadores de confusión o mal enfocados.

Por ejemplo, la expulsión de las dos hermanas de Roma, motivada por las presiones del Ministerio del Interior, contra las que muy difícilmente tuvo que luchar Elena Croce, pero también políticos de alto nivel, como el mismísimo presidente de la República, Saragat. La nota 2 a la carta XX fija muy bien lo enrevesado y la dificultad del asunto. Desde el 14 de septiembre de 1964, cuando las dos hermanas abandonan Roma, hasta varios años después, los lamentables temas de la expulsión y el ofrecimiento de la casa napolitana laten en la correspondencia.

Muy clarificado queda también en esta correspondencia este último tema obsesivo y a veces no muy bien explicado: el del ofrecimiento por parte de la Universidad de Nápoles, y siempre con los buenos oficios de Elena Croce, de la casa de La Ginestra, en la que Giacomo Leopardi vivió algunos de sus últimos días, antes de irse a Nápoles, donde murió, en 1837. El ofrecimiento de la casa no va unido a la partida de las dos hermanas, sino a una lenta labor en el tiempo de

gestiones y presiones que, de manera muy viva, observamos sobre todo a lo largo del año 1969. Asimismo, se entiende que no hay rechazo por parte de las dos hermanas al ofrecimiento, sino que, por el contrario, a partir de ese año hay visitas de Araceli Zambrano a la casa y un seguimiento meticuloso a través de planos y de las obras destinados a cuidar al detalle esa cuarta parte de la casa que implicaba su división y que le estaba dedicada a las dos hermanas.

En esta correspondencia se encuentran apuntes sutiles sobre el temple liberal en el que desemboca la evolución ideológica de María Zambrano. Así, su alusión a su obra «cristiana, liberal, racional», a un pensamiento que «como el mío descubre nuevamente la libertad». Estas opiniones las emite al hilo de «las injusticias y el maltrato que en la URSS sufren los intelectuales». En este sentido, su liberalismo se identifica con el del padre de Elena Croce, con la «moral liberal» de Croce, y alude también a la mutua admiración de las amigas por sus padres («Nuestros padres, los últimos señores de la libertad»). Al respecto, recordemos también la evolución ideológica de Blas Zambrano antes de su muerte, en Barcelona.

Se arroja luz igualmente sobre el valioso y sorprendente manifiesto que Zambrano firma, en unión con algunos de los más altos intelectuales y artistas de su tiempo, en favor del rito latino y que dirigen al papa. Laurenzi publica la relación de todos los firmantes. Afirmaciones sobre su libro *Antígona* («un poema, quizás») refuerzan el carácter poemático de algunos de sus libros, diferenciados de los de ensayo trascendente o de los meramente literarios. Y aclarado queda también algún reparo a la segunda etapa de la *Revista de Occidente* y a uno de los hijos de Ortega, luego subsanado.

Se evidencia su buena relación con Soledad Ortega, que se ve reconfirmada en los años en los que, ya en Madrid, las dos mujeres se encuentran. Una disidencia, como la muy temporal vivida con su primo Rafael Tomero, que se debió a la angustia zambranianiana por su subsistencia; pero en verdad Rafael fue sin duda la persona que más ayuda material y anímica prestó a las dos hermanas desde Ginebra, en esa difícil etapa suiza, marcada siempre en ellas por la obsesión del regreso a Roma y, por supuesto, con el horizonte siempre ansiado del retorno a España.

Con la edición de este nuevo epistolario, que sigue al que Zambrano mantuvo con Ramón Gaya (Valencia, Pre-Textos, 2019), se viene a poner de relieve esa María Zambrano *interior* en la que la evolución de su pensamiento y de sus libros pesan tanto como las vivencias cotidianas, ese abordar el día a día desde los agobios de la enfermedad, la soledad o las necesidades económicas. Bajo este punto de vista, el período vivido en La Pièce es esencial para comprender la continua metamorfosis que el exilio implicó para María Zambrano. Esta etapa se cerraría con el alto ejemplo de reconciliación que supuso su regreso a España y el eco y la influencia del mismo. Pocos

---

fueron los años que vivió en el ensañado Madrid de su juventud, pero en ellos el «sueño creador» se mutaría en ejemplo vivo de justa y bien ganada armonía, de paz social reencontrada, de fidelidad constante a los amigos, de magisterio vivificador entre no pocos lectores.

Esta edición debida a Elena Laurenzi y ofrecida en la precisa traducción, para las cartas de Elena Croce, de Ester Quirós, reaviva nuestra admiración hacia esta pensadora lúcida e inspirada. Su amor a la poesía y a los poetas enriqueció su filosofía. De ahí nacen el fértil hallazgo de su *razón poética* y la sabia originalidad de su pensamiento.

---

**Miriam Gómez Vegas**José Luis GÓMEZ TORÉ, *María Zambrano. El centro oscuro de la llama*, Madrid, Ciudad Nueva, 2020.

---

La obra de María Zambrano nos sigue hablando. Si bien los retos y debates centrales de nuestro tiempo —que se suceden vertiginosamente— han variado en buena medida, el acercamiento a su propuesta filosófica sigue resultando estimulante. Sin embargo, todo intento de diálogo con la obra de Zambrano solo llegará a ser fructífero si esta es comprendida en toda su riqueza y complejidad. Por ello, el reciente estudio de José Luis Gómez Toré supone un valioso trabajo al que no debemos dejar de prestar atención.

Con una escritura sobria y un discurso claro, este autor traza un panorama logrado del universo filosófico de María Zambrano, de los principales símbolos que lo articulan y de los conceptos que propuso y quiso hilvanar. Gómez Toré acierta al detenerse en exponer determinadas coordenadas filosóficas y culturales que, sin duda, esclarecen el pensamiento de Zambrano, el cual —aunque con un método voluntariamente heterodoxo— dialoga con la tradición filosófica y con otros pensadores relevantes de su época. En este sentido, se señalan las concomitancias de la obra de la filósofa con Friedrich Nietzsche o con Martin Heidegger, se rastrean algunas de sus variadas y remotas influencias y se logra retratar la filiación y posterior ruptura con la «razón vital» de quien inicialmente fuera su maestro, José Ortega y Gasset. Asimismo, el lector agradece el generoso capítulo que a la biografía de la autora se dedica, pues este estudio evidencia la relevancia que la experiencia y la dimensión individual de la vida poseen en el pensamiento de Zambrano. Sin dejar de señalar puntualmente ciertas sombras del pensamiento zambraniano, José Luis Gómez Toré demuestra un profundo conocimiento de su filosofía y una notable capacidad para relacionar provechosamente los principales elementos que la articulan. El resultado es que la lectura de este libro aporta una generosa visión de conjunto de la obra de María Zambrano, además de —y quizá sea esto lo más valioso— que es capaz de despertar el deseo de un acercamiento a los textos de la pensadora.

Una vez preparado el camino, Gómez Toré aborda —mejor, bordea, como tal vez habría preferido Zambrano— «el centro oscuro de la llama». La «razón poética» que Zambrano ofrece parece haber sido el resultado de toda una vida intuyéndola, recorriéndola. Se trata de una propuesta filosófica que pretende ensanchar el restringido e implacable concepto de racionalidad occidental, que privilegia ciertas formas de conocimiento en detrimento de otras, que no concibe dejar espacio para la humildad epistemológica o el misterio. Así, frente a la luz cegadora que espera a la salida de la caverna, Zambrano escoge la penumbra, la aurora: la misma intersección entre luz y oscuridad que conforma la anatomía de una llama. Frente a la verdad y frente a la

razón conquistadora y belicosa, Zambrano opta por la contemplación, por el adentrarse con pasividad activa en los bosques y hallar en ellos sus claros. Para esta filósofa, la razón es un dispositivo extraordinariamente poliédrico, de ahí que abogue por la multiplicidad de sus modos y le atribuya, según su caracterización, adjetivos como «mediadora», «misericordiosa», «cordial» y, por supuesto, «poética». Precisamente a la poesía y a sus lazos con la filosofía dedicará María Zambrano no pocas páginas de su obra, pues afirma que la primera es el origen remoto de la segunda y que la segunda encuentra modos valiosos de racionalidad en la primera. Es así —e incorporando, como vemos, en el discurso filosófico el símbolo siempre que no basta el concepto— como se traza el mapa de lo que José Ángel Valente describió como la «[i]ntima raíz del pensar, que así enunciado, en su entera transitividad, parecería dársenos como realidad más fluida y viviente y menos amenazada que el solo pensamiento por el totalitario rigor del método y la formulación».

Otro asunto fundamental de la obra zambraniana al que nos acerca Gómez Toré es el tiempo, múltiple y poliédrico como la razón. Si la racionalidad ha sido duramente constreñida por la filosofía occidental, Zambrano considera que el tiempo ha sido peligrosamente simplificado. Enajenados por la concepción lineal del tiempo, los seres humanos viven sus días amenazados constantemente por el advenimiento de la muerte. Aunque esta idea cuenta con una tradición de no pocos siglos, la obsesión por el progreso habría acelerado y afilado enormemente dicha amenaza constante. En otras palabras: nuestro modo de pensar el tiempo habría sido una fuente inagotable de angustia. María Zambrano creía en un pensamiento capaz de enfrentar esa angustia, ensanchando nuestra percepción temporal, abriendo los compartimentos estanco de pasado, presente —el «instante»— y futuro. Mediante la relación entre los tiempos, los deseos y proyecciones no se convierten en cadenas; los complejos recuerdos y viejos proyectos pueden ser interrupciones muy alejadas de constituir un inasumible fracaso. Es así como la humanidad, contenida simbólicamente en el personaje de Edipo que Zambrano evocará, logra liberarse de su carga trágica y de su irremediable fracaso ante la tumba de Antígona. Tal es el potencial —el deseo— de la ampliación de la idea de razón y de la de tiempo que nos propone María Zambrano. Del mismo modo, aceptar que el tiempo es múltiple tiene para esta filósofa implicaciones decisivas desde una perspectiva ética y social, pues si el absolutismo nace de exigir a los demás adaptarse al propio tiempo y a las propias posturas, una concepción poliédrica de este sería, en definitiva, el pilar mismo de toda democracia.

En suma, Gómez Toré subraya el empeño y el cuidado que María Zambrano puso en pensar una filosofía que ayudara a vivir, que dignificara la vida, ampliando conceptos que, por estrechos, amenazaban con asfixiar zonas esenciales de la existencia, muy en especial en el mundo moderno. La lectura de este libro permite reconocer en María Zambrano a una de las grandes figuras del pensamiento del siglo xx.

---

**Natàlia Rodríguez Inda**Jesús MORENO SANZ, *María Zambrano. Mínima biografía*, Sevilla, La Isla de Siltolá, 2019.

---

Mucho ha escrito Jesús Moreno Sanz sobre María Zambrano; entre otros estudios, es el autor de *El sujeto y su sombra: los caminos de una escisión en la obra de María Zambrano* (1995) y *El logos oscuro. Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano* (2009), y es el responsable, como director, de los diversos volúmenes que conforman las *Obras completas* publicadas por Galaxia Gutenberg. Sin embargo, se echaba de menos una edición que recogiera todos sus apuntes sobre la biografía de la andaluza.

El libro que aquí se reseña es una breve biografía, en forma de cronología, de María Zambrano, escrita de la mano de quien la acompañó en sus últimos años. La introducción está a cargo de Javier Sánchez Menéndez, quien señala acertadamente que «[d]ebemos a Moreno Sanz no solo el regreso de Zambrano, sino su lucha permanente y heroica para que la obra de nuestra pensadora esté en el lugar que se merece» (pág. 12). Pero *Mínima biografía* no solo tiene en consideración la obra de la filósofa, sino que, además, aborda lo más personal de su vida. Se trata de ir más allá de Zambrano —es decir, de la filósofa—; se trata de recuperar a María, a la persona, sus experiencias, su historia. El intento de rescatar a María, y no solo a Zambrano, que encontramos en esta cronología podría encajar con la afirmación que Julian Barnes, a modo de epígrafe, utiliza para abrir su novela *El loro de Flaubert*: «Al escribir la biografía de un amigo hay que hacerlo como si estuvieras vengándole». Aquí se venga la caída en el olvido de María Zambrano y su obra. Como tantas mujeres de la generación del 27 a las que no se reconoce como a sus homólogos masculinos, olvidadas por su condición, el pensamiento y la vida de Zambrano necesitan de ese gesto de recuperación —de venganza— que hallamos en esta breve biografía.

*María Zambrano. Mínima biografía* recorre la vida de la autora desde su nacimiento hasta el día de su muerte. Como su título indica, es una biografía breve, pero no por ello pasa de soslayo por los derroteros que atravesó Zambrano. Es una biografía rica en matices y detalles. Una de sus particularidades, y sin duda uno de sus mayores atractivos, es la información de primera mano que posee Jesús Moreno, ya que, como él mismo indica, muchos de los datos que se incluyen son descritos directamente por María Zambrano desde que empezó a tener una relación epistolar y telefónica con ella, a partir de 1980, y después personalmente, cuando regresó a España.

En la exposición de los primeros años (desde su nacimiento hasta bien entrada la década de los años treinta), Jesús Moreno ofrece datos que pueden interesar a los estudiosos de la obra zambraniana, como, por ejemplo, cuándo empieza las lecturas de autores como Arthur

Schopenhauer, Baruch Spinoza y Henri Bergson, entre muchos otros, cuándo llegan a sus manos textos sobre el islamismo y su mística y, como no podía ser de otra manera, cuándo conoce a aquellos pensadores que harán arrancar, de una manera u otra, su pensamiento: Meguel de Unamuno, José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri.

A lo largo del libro se exponen las fuentes de las que bebe el pensar de Zambrano: la importancia de Friedrich Nietzsche, el eterno acompañante Spinoza, la iluminación que supuso la filosofía de Max Scheler, el descubrimiento de Søren Kierkegaard, y un largo etcétera. Sin embargo, lo más destacable es la manera en que Jesús Moreno reclama la originalidad de la obra de Zambrano más allá de su innegable pero quebradizo discipulado de Ortega y Gasset, que no siempre queda suficientemente claro en las biografías sobre la pensadora. Los primeros síntomas de distanciamiento entre Ortega y Zambrano aparecen, según el autor, ya en 1930; la ruptura definitiva, no obstante, no llegará hasta finales de esa misma década. Es en 1934 donde asoma por primera vez el pensamiento propio y original de Zambrano.

La narración del exilio, los viajes y las mudanzas que debe realizar Zambrano durante tantos años es llevada a cabo por Jesús Moreno de forma lúcida, invitando al lector a descubrir las andanzas, obstáculos y demás situaciones que hicieron de la vida de María un viaje odiseico. Asimismo, se muestra la capacidad de la pensadora para no sucumbir al desamparo y al abandono, propios del exiliado: «poseedora ya de un temple ante las adversidades, que, si había sido ya distintivo de su carácter, se diría que a partir de ahora será el soporte permanente de su vida, hasta el final» (pág. 80).

No menos interesante resulta la exposición de las ayudas que María recibió siempre de sus amistades. Jesús Moreno señala quién y cómo ayudó a la malagueña en cada país, y testimonia la celeridad y efectividad con que se prestó dicha ayuda y apoyo: Nilita Vientós, el matrimonio Sáez-Aru, Rafael Dieste, Concha Méndez, Pablo Picasso, Gabriel Marcel, Rosa Chacel, Lezama Lima y Vittoria Guerrini son algunos de los nombres que integran dichas amistades; también, claro está, Jesús Moreno Sanz. Y así sabemos con exactitud cómo fue su vuelta del exilio:

El 24 de junio [de 1984] Jesús Moreno Sanz, a petición de María Zambrano, se desplaza a Ginebra, con el fin de conocerse personalmente e ir preparando los pormenores de su vuelta [...] Javier Ruiz Sierra y Jesús Moreno Sanz, con el total acuerdo de María Zambrano, apalabronaron, tras avalar el segundo con su nómina (como consta testimonio documental en el Archivo de la Fundación María Zambrano), un grande y luminoso piso muy cercano al Retiro» (págs. 191-192).

Se nos regalan, también, algunas anécdotas deliciosas —más allá de las consabidas peripecias con sus gatos—, como el encuentro entre

Jesús Moreno y la madre Clara, quien invitó a Zambrano a vivir en su convento, en el que se dio el siguiente diálogo entre ambos: «Pero, Madre Clara, cómo va a vivir con ustedes María Zambrano, si ella fuma y bebe whisky». A lo que sin titubear le contestó fulminantemente: «¿De qué marcas, hijo?» (pág. 190).

Como epílogo, el autor incluye su artículo «Una mediadora», que escribió justo después de la muerte de Zambrano, en 1991; en él reflexiona sobre la obra de la pensadora, a la que le brinda las últimas palabras del libro: «María Zambrano, a quien tanto comprendí, con quien tanto amé y amo, y sin necesidad de defenderme, y sin miedo, y en paz». El afecto que siente Jesús Moreno por María Zambrano se trasluce en cada página del libro. Y es por ello por lo que esta biografía no es solo una recopilación de datos —de muchísimos datos— sobre la vida y obra de la filósofa, sino un ejercicio necesario de memoria para llevar a cabo «esa venganza» que merece la inolvidable figura de María Zambrano.

